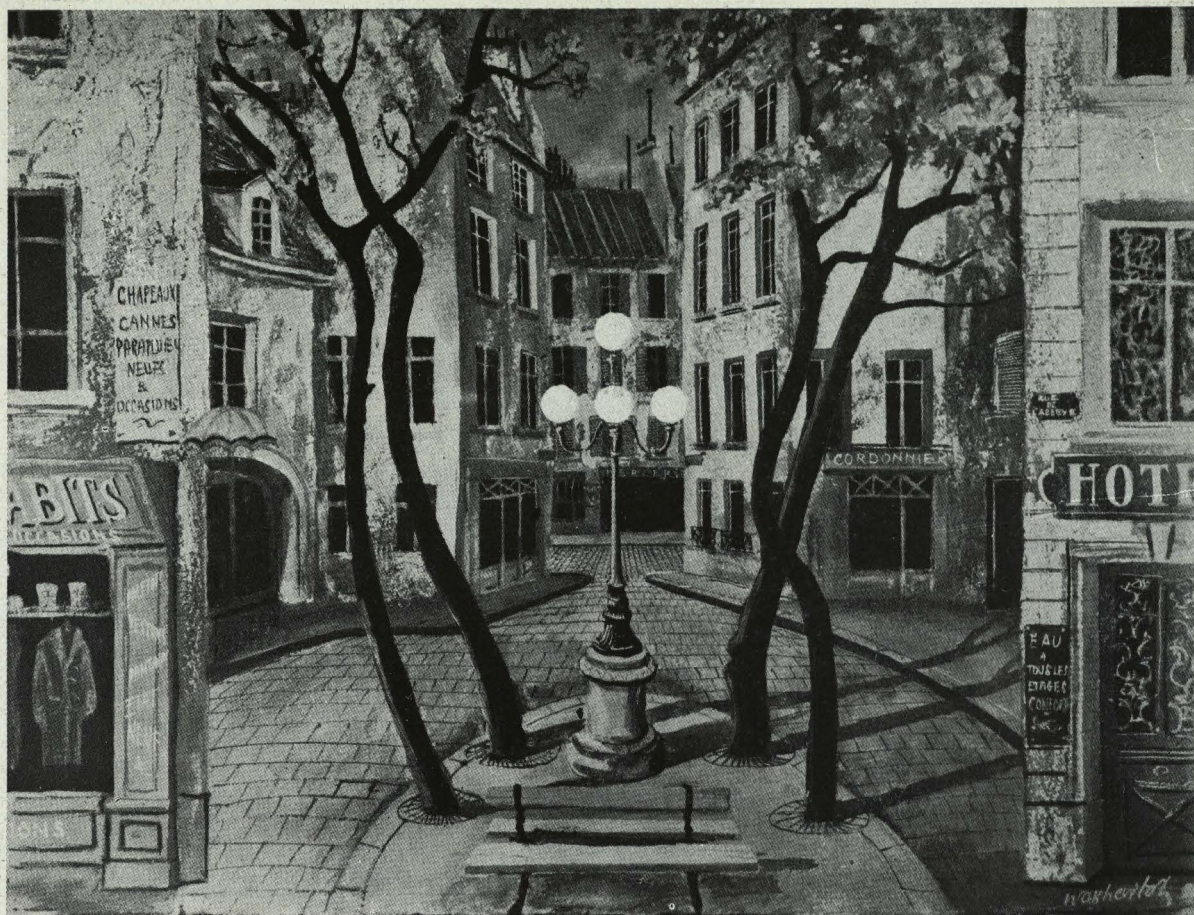




«Le fardeau de la liberté», de Tristan Bernard. Teatro de la Madeleine. París, 1950. Decorado de Wakhevitch.

ARQUITECTURA DE TELA PINTADA

Por José Zamora

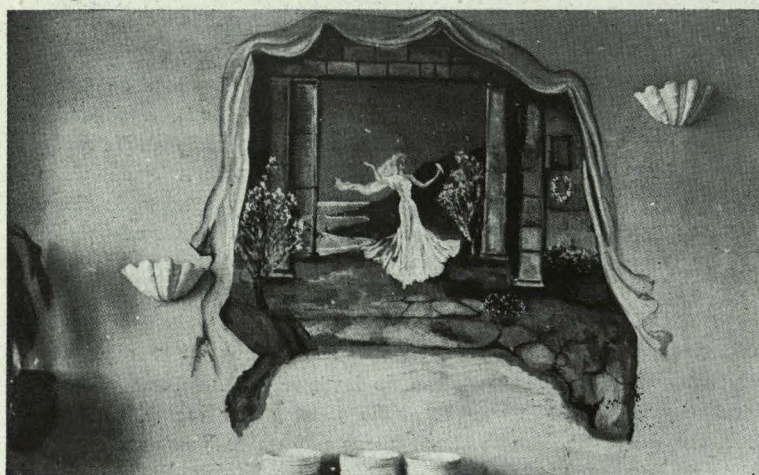
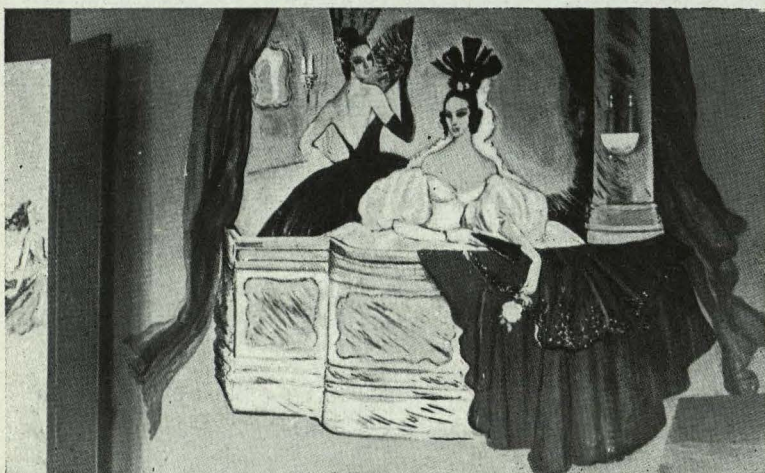
Quizá por el influjo del cine, los decorados de teatro, por lo menos en lo que toca a la revista de gran espectáculo o al *ballet*, adoptan cada vez más un aspecto arquitectónico. Muchos de los decoradores de teatro franceses son arquitectos, y, gracias a su modo especial de ver un escenario, hemos podido ver estos últimos años decorados tan buenos como los que en la época de los *ballets* de Versailles se proyectaron por alumnos de Mansart, prodigio de perspectiva y de simetría. Cassandre, por ejemplo, es autor de realizaciones de una ciencia impecable, tal vez un poco demasiado dogmática, pero de una gran elegancia. Sus decorados para el *ballet* de Serge Lifar *El caballero y la damisela* son una verdadera lección de perspectiva y de *trompe l'œil*. Estos procedimientos decorativos, tan empleados en los palacios italianos del xvii, ahora vuelven

a estar muy de moda, tanto en el teatro como en la decoración e interiores.

Otro arquitecto, venido a decorar obras de teatro, a fuerza de hacerlo en numerosos films, es Wakhevitch, ruso de origen, pero francés de nacionalidad. Ha realizado obras de verdadero interés, como, por ejemplo, en el *Vieux Colomier*, el decorado de una obra de Roussin, en la que el decorado representaba, de modo perfecto, la escena en donde Molière ensayaba con sus cómicos, en la calle llamada hoy en día, y por ese motivo, de la Antigua Comedia, Georges Wakhevitch, que es premio de Roma, ha hecho hasta hoy un centenar de decorados de films, de los que los más famosos son *Los visitantes de la noche* y *La vuelta eterna*, este último de Jean Cocteau. Y sus últimas realizaciones en el teatro son *Victor*, de Bernstein, y la obra reciente de



Primer acto de «Victor», de Henri Bernstein. Decorado de Wakhévitch.



Pinturas murales de José Zámora en el Club Iberia.

Montherlant *Celles que l'on prend dans ses bras*.

No todos los decoradores son arquitectos. Jean Denis Malclés, de todos ellos, es el que se evade más de la realidad, y los que vieron sus ilustraciones—que así deberían llamarse las telas de Malclés para ese encantador melodrama de Mérimée *Los españoles en Dinamarca*—no olvidaron la gracia, muy de estampa de Epinal, de aquel puerto y de aquella sala de banderas, en los que nada estaba a la escala de los personajes.

Finalmente, el decorador de *Harvey*, la obra de Mary Chase, adaptada por Marcel Achard, se llama Gérard Mille y es decorador de tan buen gusto que toda la alta sociedad parisién le consulta antes de decidirse por tal o cual estilo. Hizo sus estudios en la Escuela de Artes Decorativas.

En lo que a mí respecta, mi primer trabajo fué el año 1936 al decorar, en colaboración con el arquitecto Bouverat, el famoso Club Bagatelle, que fué el sitio más elegante de París antes de la guerra, y en el que sus únicos clientes eran reyes, maharajáes, grandes modistas y *gangsters*. Costó su construcción exactamente el doble de lo que los accionistas habían planeado. Adopté un estilo extraordinariamente falso, mezcla de

italiano y francés, que, como resultado, quedó muy sevillano del XVIII, pero que favorecía mucho a las mujeres, que era lo que se trataba de demostrar.

Durante la guerra me dediqué a montar obras en español, con una compañía llena de buena voluntad, y en aquella temporada hice, a mi juicio, mi mejor decorado, que representaba un puerto andaluz.

Al acabar la guerra construí el decorado de un cabaret que se llamó *Iberia*, tal vez por la cantidad de bailarinas incongruentes que se dedicaban a pegar saltos con música de Albéniz. Este cabaret, del más puro estilo plateresco, está cerrado definitivamente y ahora es precisamente cuando me gusta, porque ha tomado un cierto aire de palacio para una infanta de Ravel. Claro está que el propietario no es de mi misma opinión.

Ahora estoy haciendo, a veces para Mogador y a veces para el Casino de París, a razón de una por temporada, operetas y revistas. *Violetas imperiales* dió 1.200 representaciones, y el empresario y director, Henri Varna, hombre fastuoso, se quedó «patidifuso» cuando vió que la puesta en escena de esta opereta le costó 40 millones. Se le pasó, sin duda, el susto cuando cobró, sólo por los derechos de autor, 180 millones.

Segundo acto de «Victor», de Henri Bernstein. Decorado de Wakhevitch.

